

Pequeña antología de Ángel Antonio Herrera

I

Aún no sé qué hondo lobo le impide a la dicha divulgar sus gladiolos,
qué luto de atadura no nos deja el edén de morirnos durante cada siesta,
qué último carbón se emociona si pulso la pureza de la mácula de aquel
septiembre cuando se acabó una madre que fue la mía.

No sé todavía qué alacrán de secuela arde en la blancura donde los
placeres desguazan el sábado.

Qué premio de astro pretende hasta dormirse el miedo que me divide
por dentro,

qué sitio de espada, qué cárcel de río hasta soltarme del puño de
penumbra que por corazón llevo.

Aún no sé qué violín de aguas agrias nos envenena el consuelo.

II

En el momento de embocar este primer verso, un solitario sin lucha ya, ni
consuelo, se habrá enamorado de otra muchacha que ajenamente pasa,
la muerte mirará el minútero bajo una última palmera, las ojeras habrán
ganado una vikinga.

Mientras yo elijo la esdrújula con que tejer el siguiente desvarío, una
nueva tragedia habrá matado la misma esmeralda en diversas familias,

la deshora inventará el indulto entre piratas, la matemática se habrá apuntado a la orgía.

En lo que dura el recodo de la recitación de un deseo, la noche habrá visitado una república de tímpanos, el pánico habrá ocupado la autoridad de varias proas, la tormenta habrá vuelto entera al desánimo de los que cuidan quizá en vano el andamio de los antídotos del estrago.

Probablemente, mientras tú apuras este poema, una vida se habrá declarado desierta, una tarde habrá debutado como lecho de lesbianas, un consulado de octubres habrá inaugurado la tentación de la tristeza.

III

Contra el paradero del verdugo, tengo un verano de antídoto.

Ahora mismo estoy cruzando en bicicleta las ocho de la tarde del segundo viernes de agosto de mi adolescencia.

Me creo el dueño de un cielo donde cantan todas las cosechas del color azul. Mi vida es ancha como una promesa, mi corazón suspira como un revólver.

Sé y no sé que respiro eternidad acaso en el último engaño de la alegría.

Contra las prédicas de la rutina, está la bengala del descuido y la lógica de la selva.

Yo quería lograr un poema igual que bucea un príncipe, igual que desoye la trayectoria el águila.

Todavía voy a la espera de saber cuánto le dura al amante una canción de desdicha, cuánto de primer astro aún gobierna en la lejanía de la noche donde no tiene timón sino la desdicha.

Contra el corazón de deriva, está el camposanto seguro y la muchacha mágica.

Casi todo poema es la ponencia de un sonámbulo, la misa de una lejanía que nos alborota un mar por dentro.

Si no fuera porque ahora mismo sigo cruzando en bicicleta las ocho de la tarde del segundo viernes de mi adolescencia, tú y yo estaríamos besándonos en medio de estos versos.

Entonces, yo quería desempeñarme en el robo de desafíos. Entonces, y hoy, yo quería indagar en la secreta geometría del susto, hospedarme para siempre en la hemeroteca de lo que ama la primavera, y es así miniatura del futuro de la fortuna de la propia primavera.

Contra el ahogo de tanto calendario, queda la autoría de la imaginación y el taller de la lluvia.

Puerto

La desdicha que me apague ya escogió su noche.

Heme aquí, sin embargo, contrario al duelo,

bajo luna de caníbal, donde el halcón de mi herida.

Son míos los motivos del salvaje.

Al salvado lunes dicto en pie mi urgente espejo,

y gasto en sílaba la sangre todavía ligera,

entre el difunto que daré, tarde o temprano,
y el prófugo de éste, cuya frontera es ninguna.
Heme así, de nuevo, demorando qué tragedia,
o qué redada de adioses, antes de la última tragedia.
Como si no supiese que en todo lo escrito
tendré una mitad de primavera y otra mitad de espanto.
Como si en verdad hubiera olvidado
que va en el decir mi dolor, y va mi consuelo.

Antídoto

Si digo dicha digo también infancia.
Y digo que fue palafrén de la primavera
aquel con el que yo andara los calendarios,
cuando mi juventud tenía extranjería de estrellas
y la vida prosperaba sin la disciplina del olvido,
sin el examen de la sombra o el litigio del lamento.
Si escribo abril también escribo beso.
Y escribo así que cené ternura entre tigresas,
y que me juzgaron inmortal aquellas lunas,
cuando la audacia cazaba de mi vuelo,
cuando el mar no era el mar, sino su riesgo,
cuando no era el corazón
esta inútil brújula de solitario.

Rúbrica

Dónde el agosto de la fortuna, nunca elegido.
El afán de haberme querido suicida, dónde,
la suerte de no haber abierto aquel lunes un primer libro.
Quedará dónde el sur de la sospecha que no escuchamos.
Dónde el verano de haber querido a otra muchacha,
y en su cielo la ilusión con promiscuos colores
distintos a los de esta tarde,
en cuyo balcón de nuevo barajo la suerte
de ser o no ser qué sendero.
Dónde, incluso, el hondo hueso de las horas
que no se quemaron cautivas del amor,
o de su terca herencia.
Dónde el agrado de haberse perdido
con sístole de otras nostalgias,
que es como decir dónde, o cuándo,
las vidas que sí arruiné decidiendo mi vida.
Dónde el vino vencido de haber brindado
bajo la luna de un riesgo que nunca dio conmigo.

IV

La noche posa en cada hombro sus promiscuas uñas pintadas y los espejos, versados en princesas, despiden a los que dudan entre el ron y el cianuro.

Así tendrá la memoria mitones de diablesa, así también tendrá el recuerdo carmines en sus camisas, así llevará para siempre la vida un entornado trópico de romances sin nombre y adioses vagabundos.

Los poetas y otros forajidos ocupan las mejores mesas y beben champán bajo el ámbar del jazz. Sólo algunos imaginan la nostalgia de haber amado a una hechicera cuyos ojos verdes nos existen.

Aquí llega aquel cuya vida diera cada noche su mejor isla a cambio de la oculta piratería de los besos.

Contra el amargo amor y la infernal nostalgia, las muchachas clandestinas, las caricias caníbales, los heroicos alcoholes del irse violentamente en cada solitario.